853
A.
PQ4683
.A3
A17
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta La Campana y La Esquella, Olmo, 8.

ESCRIBIENDO UN LIBRO

Entre las ideas que cruzan por la mente de continuo sin detenerse en ella, como gente ocupada por una plaza, una se detiene y vosotros decís:—Ella es.—Es como un enamoramiento instantáneo. A primera vista veis en ella una belleza y un esplendor que ofuscan en vuestra memoria todas las demás que recientemente os atrajeron. Esta es sin duda la más digna de vuestro amor: es la idea predestinada que esperábais sin conocerla y que amábais inconscientemente aún antes de esperarla; aquella que permaneciendo escondida os hizo rechazar otras ciento, con la vaga esperanza de mejor fortuna. Con cuanta alegría la festejáis! Llegó finalmente nuestra amiga, y con ella un fin á nuestra vida, un año asegurado,

varios años quizá de pasión y de laboriosidad viril, durante los cuales podréis decir con orgullo á vuestro país:—Espera, tam bién yo trabajo para tí, hago una obra de pensamiento y de belleza que te pagará mi deuda de hijo y de ciudadano; poseo y pulimento una joya que brillará acaso un día en tu corona.

Sin embargo todavía os asalta una duda. Y si fuese una joya falsa? Otras ideas fascinaron de pronto vuestra imaginación, como esta os fascina ahora; de otras decíais:—Esta es!—y luego añadíais:—Me he equivocado,—dejándola ir en libertad á unirse con las demás que permanecen en el olvido. Pero no. Ahora no os equivocáis. Esta permanece delante de vosotros inmóvil, y cada día se agranda y aparece rodeada de luz más viva: vosotros dais vueltas en derredor suyo con el pensamiento, y por cada nuevo aspecto que ella os presenta despierta en vosotros y os acrecienta el primer sentimiento de admiración y de amor, semejante en sus manifestaciones y en sus efectos al que se siente por una mujer á los

veinte años. Quisiérais mantenerlo secreto y se lo decís al primer amigo con quien tropezáis en la calle; experimentáis á la vez la necesidad de acariciar vuestro tesoro en la soledad y la de llevarlo en triunfo por entre la gente: una necesidad de agitaros, de espontanearos, de gozar locamente de la plenitud de las fuerzas que renace en vosotros un sentimiento de compasiva benevolencia por todos vuestros semejantes que no llevan en el alma aquella riqueza, un amor nuevo de la vida que comienza de nuevo lleno de promesas, y un ardor impaciente de poner manos á la obra, combatido por el deseo prepotente de prolongar aquel estado tan placentero de alegría y libertad, en el cual gozáis anticipadamente las delicias del trabajo intelectual, no quebrantadas aún por la fatiga, ni turbadas por desconfianza ni desilusión alguna.

*

Y cuan agradable es también el trabajo de preparación, cuando recogéis observaciones y memorias, interrogando á los ami-

gos, á los conocidos, á los desconocidos, á cada uno de los cuales les pagáis con una gratitud desproporcionada á la ayuda, como si fuera un cooperador eficacísimo de vuestro pensamiento, que él á veces ni siquiera comprende; cuando buscáis en cien libros, lo que necesitáis para el vuestro, con la alegre diligencia del que hace los preparativos de un viaje ardientemente deseado; cuando veis amontonarse un día tras otro tesoros de noticias, de anécdotas y de valiosos detalles, que brillan en vuestra imaginación como diamantes y briznas de oro, cuyo valor acrecentaréis mil veces, tallándolos y fundiéndolos en los moldes de vuestro taller! Y mientras ponéis en orden vuestro material, señalando la distribución de los episodios, las proporciones de las partes y los títulos de los capítulos, pululan, se atropellan en vuestra mente las ideas y las imágenes de tal modo que ni tiempo siquiera os dejan para anotarlas en los márgenes de los cuadernos, de los libros ó de las hojas sueltas; y bailando en torno de vuestros personajes, se entrecru-

zan, se hablan y obran, y resuenan dentro como notas sueltas de una sinfonía vasta, aun confusa y dulcísima, que os parece la voz misma de vuestra juventud que se despierta con todo el vigor y el encanto antiguo.

¡Ah, qué días tan hermosos! Os sentís llenos de vida, palpitantes de entusiasmo, arrebatados de fe. Porque no veis todavía de vuestro trabajo mas que las líneas principales, y se os presenta como un edificio grandioso y armónico ante el cual resplandecerán las admiraciones y enmudecerá la crítica. No encontrándoos aún frente á las dificultades y no descubriendo las imperfecciones congénitas á vuestra idea, os parece que la realizaréis íntegra y plena casi sin el auxilio del arte. Formáis el propósito, fácil de conseguir á primera vista, de no recaer en el nuevo trabajo en ninguno de vuestros defectos naturales y de vuestros acostumbrados errores; que esta vez no haréis transacción alguna con vuestra conciencia de artista; que por el contrario, desplegaréis nuevas facultades que antes

permanecían poco maduras en vuestro espíritu; que emplearéis con toda prudencia vuestras fuerzas, deteniéndoos siempre á los primeros síntomas de cansancio y no trabajando nunca más que con la inteligencia fresca y después de meditada labor; que os mantendréis constantemente por cima de vuestra obra, de tal modo que podáis ver en ella todos los lineamientos y las partes más recónditas, de modo que podáis ejercitar sobre ella, no obstante la pasión que os agita, una crítica serena y profunda que os conducirá á la perfección siempre anhelada y jamás conseguida...

*

¡Al trabajo, pues! La idea, divina seductora, os invita con promesas tan amorosas!... Ven conmigo, abandónate entre mis brazos; yo soy tan buena como hermosa; seré tu amante y tu amiga al mismo tiempo: no te oprimiré, no te haré esclavo mío como hicieron las otras; no me dedicarás más que las primeras horas de la jornada, en las

cuales el trabajo es espontáneo y fácil, y que no sabrías como ocupar de otro modo; reconquistarás tu libertad de espíritu después de haber sido mío por la mañana; luego te dejaré en paz durante el día y la noche, no turbaré tus placeres mundanos y no invadiré tus afectos domésticos ni tus amistosos recreos; no seré una tirana celosa, sino una hermana discreta y alegre, que embellecerá tu vida sin restringirla y te dará satisfacciones vivas y tranquilas, sin mezcla de pesar alguno; las cuales serán coronadas por un gran placer: el placer de una victoria gloriosa, cuyo recuerdo te será dulce hasta la vejez y te hará decir de mí—Aquel fué el más puro, el más sano, el más feliz amor de mi existencia.—Ah, sí, vosotros recordáis bien que otras, en el pasado remoto y en el próximo os hablaron el mismo lenguaje y mentían. Pero ninguna de ellas os habló jamás con la suave dulzura, con la gravedad honrada y persuasiva, con que esta os habla. Esta no puede mentir. Esta no miente.—Sí, querida amiga, te creo; sí, hermosa señora, ven ya; yo inclino

la frente sobre tu seno y te confío mi alma. ¡Al trabajo!

•

¡Sirena falaz! Apenas ha trascurrido un mes y ya ha hecho traición á sus promesas. Adiós, libertad del espíritu! Sois esclavo de un pensamiento imperioso que se entrometé en todos vuestros pensamientos, que os sigue en todos vuestros asuntos, que se interpone en medio de todos vuestros placeres. La idea á la que no queríais otorgar más que las horas de la mañana, os aferra por los cabellos y os hace inclinar la frente sobre la mesa á todas las horas del día, cuando ella quiere y por todo el tiempo que á ella le place. Y primero se os impone dulcemente, de modo que apenas advertís que os hace fuerza. Dulcemente, cuando estáis á punto de dejar la pluma, os dice:—Un momento más: expresa todavía el último pensamiento que ha brotado en tu mente.—No escribas más que el período que ya suena en tu fantasía. Reforma tan sólo esta frase estridente.—Sólo un momento: ¿qué te cuesta corregir, aquel entrecomado que rompe la onda de tu pensamiento?—¿Por qué no borras aquel monosílabo que estorba?—¿Por qué no cambias aquella palabra que desentona?—Y de este modo, diez veces cada hora, suplicando y sonriendo, os vuelve al trabajo.

Luego se va haciendo, sin embargo, poco á poco más asidua y más indiscreta. Surge en mil formas en medio de vuestros sueños, os despierta bruscamente á altas horas de la noche, os arroja del lecho antes del alba, trunca vuestras conversaciones con la familia, os separa del círculo de los amigos, os arranca el periódico de entre las manos, os apaga el cigarro, os cuenta las horas y los minutos, os susurra al oído á cada momento:—Levántate! Ven! Trabaja!—con una persistencia implacable, que no os parece ya la constancia del amor, sino la obstinación del odio.

Y es en vano que le supliquéis diciendo que vuestras fuerzas no rigen, que vuestra salud se turba, que vuestra mente está fatigada y confusa, y que por interés de ella

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ap. 1625 MONTERREY, MEXICO

misma os debe otorgar alguna tregua.—No, os responde—si tú descansas, se extingue en tí el entusiasmo; si te distraes, cesa en tí la fiebre; si no me das toda tu alma, yo te abandono: la meta es ardua y lejana; no te detengas, apresúrate, anda!

Y toda prueba de rebeldía falla; vuestra vida no os pertenece ya más; sois suyo, y acabáis por servirla resignado y sumiso, como esposo novel, que descubriendo una voluntad de hierro en la que le había parecido una tímida niña bajo el velo blanco, dobla la cabeza humildemente, confortándose con el pensamiento de que será compensado de la propia servidumbre, por las embriagueces que ella le proporciona cuando no manda.

*

Mas son luchas ásperas, esfuerzos dolorosos de la voluntad y tensiones de todas las facultades que parece han de quedar destrozadas. Cuán diverso es el trabajo artístico de la edad madura, del de la juventud! Entonces las creaciones de nuestra

imaginación conservaban fácilmente en nuestro espíritu y por largos espacios de tiempo, el aspecto, la importancia, la virtud atractiva de realidades vivientes. Pero ahora, á cada instante, esas se cambian á nuestros ojos en muñecos miserables, que casi nos avergüenzan de nuestra obra, como si fuera pueril, indigno de un hombre sensato el gastar tanto tiempo y tantas fuerzas en fingir con ellos la vida, en crear y en hacer mover y hablar fantasmas para engañarnos á nosotros mismos y á aquellos de nuestros semejantes que se han quedado niños como nosotros. El trabajo de la fantasía, las ilusiones, el sueño á ojos abiertos se rompen y desaparecen muy frecuentemente al choque más ligero de los pensamientos y de los accidentes de la vida real, y ante la mente que se apercibe y el ánimo que se enfría, el hermoso cuadro que la pasión pintó se decolora y se deforma. En un tiempo existía un estímulo poderoso, la ambición; pero desde que nos faltan las grandes esperanzas que la alimentaban, ha perdido gran parte de su fuerza impulsiva.

A qué fatigarse tan duramente y sufrir y acortarse la vida por correr tras un ideal que no lograremos alcanzar á tiempo, ó que una vez alcanzado, no lograría darnos más que una gloria pasajera, conturbada por los desengaños y por los achaques crecientes con la edad y con el pensamiento de los años! Nuestra facultad autocrática ha adquirido una penetración tan terrible que una gran parte de nuestras fuerzas, por temor á ella y por su consejo, no la empleamos ya más en buscar la belleza, sino en evitar los errores y los defectos, la repetición de los conceptos antiguos, el uso de formas y de artificios ya gastados, y cadencias de estilo é imágenes que se nos representan de continuo como estribillos de nuestro pensamiento. ¡Qué cúmulo de nuevas dificultades no se nos levanta en cada página! Cuan fácilmente se toma aversión hoy al trabajo de ayer! Oh hermosos días felices, cuando la pluma seguía trabajosamente el curso vertiginoso del pensamiento y el ímpetu violento del afecto, y nos parecía estar escribiendo bajo el dictado de una voz ardiente y

presurosa que nos hablase al oído, y se nos escapaban de la boca exclamaciones ingenuas de admiración y de gozo, y de vez en cuando se nos caía una lágrima sobre lo escrito! Ahora nos detenemos á cada breve impulso, anhelantes como después de una larga carrera; de la voz misteriosa oímos las notas unas veces sí y otras no, y muchas calla; cada exclamación de complacencia se ve casi sofocada por una duda imprevista, que brota del recuerdo de las desilusiones sufridas; y casi siempre las lágrimas no son ya sino pensadas: no nos las exprime de los ojos más que la verdad negra y tremenda.

*

Mas la idea se os presenta también alguna vez en medio de la noche tan bella y tan luminosa, y os habla con una sonrisa tan bondadosa de amiga y os demuestra tan claramente que no es un sacrificio lo que creéis hacer por ella, porque no os queda en el mundo ningún goce más fuerte y más seguro que el que ella os proporciona; que el ideal sólo es verdadero, y que en todo, como

no sea en su amor, encontraréis desilusiones y amarguras; os persuade de esta verdad triste, y consoladora, sin embargo, con razones tan evidentes y con palabras tan amorosas, que os quedáis esperando el alba con impaciencia para poneros manos á la obra, y al primer resplandor os lanzáis del lecho corriendo á trabajar con el entusiasmo de los primeros días. Y las primeras horas, aún en trabajo ya avanzado, son siempre bellas. Sólo cuando comienza el cansancio, sobreviene la turbación y el peligro.

Y entonces en medio de vuestras creaciones, se entrelazan á cada momento otros fantasmas, que los descomponen y les ponen en fuga: los fantasmas de los críticos que os esperan con las armas afiladas en el puño. A casi todos les conocéis de seguro. Se estrechan en círculo en torno de la mesa: enemigos antiguos que os asaltarán á cara descubierta furiosos; amigos malignos, que con una mano os meterán una daga corta en el costado y con la otra os acariciarán la frente; émulos envenenados, viejos pedantes que os perseguirán treinta años seguidos con fría ferocidad; jóvenes audaces, hirviendo de ambición, inconsiderados, que quieren pasar sobre vuestro cuerpo; y de todos ellos sentís las heridas, las burlas y los golpes. Ay de mí! El fruto de tantas jornadas fatigosas, de tantas noches en insomnio y torturas de nervios, del corazón y del cerebro, se verá condenado de un plumazo, triturado y arrojado al arroyo como por tanta gente que no gastará más tiempo en examinarle del que vosotros hayáis empleado en escribir una sola página! Y ante tal pensamiento se os helará la sangre cayéndoseos la pluma de la mano. Y también se os caerá pensando en los miles de conciudadanos cultos que jamás llegarán á abrir vuestro libro, aceptando de buena fe el primer juicio malévolo que caiga ante sus ojos, y en los otros innumerables, en quienes no dejará ni siquiera rastro en su memoria, porque su cabeza es como una tumba en donde todo lo que entra se pierde, y en los miles de miles que ignorarán hasta su existencia, como ignoran é ignorarán siempre vuestro nombre.

Y entonces:—¿para qué?—volvéis á preguntaros. Y pensáis con envidia triste en todos aquellos para quienes el trabajo es movimiento, acción, palabra viva, comercio con sus semejantes, vida varia y batalladora á la luz del sol, cuando para vosotros es muda inmovilidad, soledad, autopsia atormentadora de vosotros mismos, afanosa persecución de sombras y de fugaces resplandores, y terror continuo de un mal éxito, y desesperado abuso de todas las fuerzas de la inteligencia, hecho aún más doloroso por la sospecha perpetua de la decadencia...

*

Luego vuelven de nuevo los períodos de color de rosa, las jornadas azules, las horas de oro. Ah, estas os pagan con creces de todas las torturas sin duda. Volver á sentir el vigor de las facultades intelectuales de la edad florida, fortificadas por la larga experiencia y por el estudio asiduo de las facultades de otro; escribir alguna vez pocas páginas que el corazón, la razón y el gusto

aprueban juntamente, rebatiendo vuestra propia crítica más sincera y más sutil; salir victoriosos, después de larga batalla, de una selva medrosa de dificultades que habéis ido derribando una á una, ó con un ímpetu de inspiración ó con un trabajo lento y paciente, diez veces abandonado y reanudado con pertinacia indomable... son goces grandes y profundos. Y luego poco á poco, según va adelantando el trabajo, los personajes imaginarios adquieren cada vez más solidez y vida de personas reales; la ilusión es á veces plena y duradera; los fantasmas toman forma y voz, y os apostrofan y os tocan, y les tocáis y habláis con ellos; las horas de trabajo nocturno os traen maravillosas alucinaciones; la fe en vuestro trabajo os exalta; no tenéis otro deseo en el mundo que vivir el tiempo necesario para darle cima, y los intereses materiales, los cuidados de la vida, la ansiedad del porvenir, la misma ambición de una victoria se retraen entre vuestros pensamientos menores: todo palidece y se pierde ante la llama de la pasión purísima que la idea os ha

encendido en el alma y que os ilumina el mundo como una luz de aurora. Y en aquellos días sois jóvenes, sois buenos, amables con todos, generosos á toda prueba, justos y benévolos con los rivales en el arte, intrépidos y tranquilos ante las imágenes de los enemigos que destrozarán vuestra obra, animosos también ante la idea de la muerte, frente á la cual pensáis que os servirá de supremo consuelo el recuerdo de haber vivido tan profunda y poderosamente, aún cuando sea por breve tiempo. Ah, cuan dulce es en aquellos días el cansancio, qué alegre el despertarse, qué hermosa la naturaleza y cuanto se ama la vida!

*

Sin embargo, en tales días más de un pensamiento turba vuestra alma de cuando en cuando y os detiene. El período de la producción artística es tiempo casi completamente perdido para la cultura. Mientras vosotros permanecéis encerrados en vuestra idea, el mundo camina, piensa, habla,

obra, y vosotros no veis, ni oís, ni leéis, permanecéis extraños al movimiento intelectual que se desenvuelve en derredor vuestro, y produciendo ideas sin adquirir otras, y permaneciendo inmóvil mientras otros mil marchan por la senda del saber, pensáis tristemente que concluída vuestra obra, os encontraréis pobres y retrasados. Y también os desanima el trabajo de otro, puesto que mientras estáis trabajando, otras obras de naturaleza afín, se publican y obtienen voga y aplauso por cualidades y beliezas que no son las que vosotros esperáis que resplandezcan en la vuestra; sentís las alabanzas públicas que se tributan á facultades que os faltan, á intentos con que no estáis conformes, á formas artísticas cuya admiración no se puede conciliar con el sentimiento de la forma que os es propia; y estos aplausos os suenan como siniestro presagio, condena anticipada para vosotros, y confunden vuestra conciencia artística, y os despiertan en el corazón la serpiente de la envidia que creíais muerta, que se desliza fuera y enroscándose en la pluma os la

detiene aún en medio de las más felices inspiraciones.

Y os asaltan de improviso otros pensamientos enervantes. Durante un año habéis permanecido recogido en vuestro pensamiento: han ocurrido en este tiempo, en vuestro país y en todo el mundo, sucesos de universal interés, se han agitado ideas de importancia altísima, hombres eminentes han hecho á la patria servicios insignes, inteligencias superiores han realizado descubrimientos fecundos, y hombres generosos obras grandes de beneficencia, desventuras terribles han herido á millares de criaturas y se han llevado á cabo actos heroicos que honran á la especie humana; y vosotros, muchas de estas cosas apenas si las habéis sabido, muchas las habéis ignorado, ante la mayor parte de ellas habéis permanecido indiferente, vosotros, atentos en absoluto á la danza de vuestros fantasmas, al tejido de vuestras frases, á la música de vuestras palabras, permanecísteis, solitario, egoísta, mezquino, sin otro empeño que el de perjeñar un libro, cuya falta nadie

advertiría sino lo hiciérais, y que quizá vaya confundido en la enorme riada de papel que pasa! Ah, pobre muchacho alucinado! Cada vez que surge este pensamiento, separáis á un lado con mano desdeñosa las cuartillas exclamando:—¡Ah, no, esto no es trabajar, esto no es cumplir con un deber, no es emplear noblemente la vida!

•

De tales pasajeras postraciones os levanta sin embargo de repente una idea feliz, una página fácil ó el franco aplauso que os concede un amigo conmovido á quien exponéis el pensamiento ó á quien leéis una parte de vuestra obra, bien para fustigar vuestra vena, bien para experimentar en él al futuro lector. La prueba más dura y más peligrosa os aguarda las más de las veces á mitad de camino. Primeramente os parece que cuanto más vais avanzando más largo se va haciendo la travesía, cuyo fin no se alcanza; y entonces comenzáis á detener el paso, como oprimidos al mismo tiempo por la fatiga del esfuerzo de todos los días y por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el peso acumulado de todo lo que se va condensando en vuestra obra.

Luego, repentinamente, como removido por una misteriosa sacudida todo el edificio se viene á tierra. Mas por qué hoy y no ayer? Por virtud de qué trastorno en vuestras facultades? Por qué el edificio entero hasta los mismos cimientos, aún las partes que cien veces observadas y probadas os parecieron siempre más sólidas y más hermosas? Volvéis á leer desde el principio, y con un sentimiento de dolor creciente vais pasando de desilusión en desilusión. Todos los personajes os parecen falsos, los hechos vulgares, el enlace entre estos grosero, el lenguaje retórico: todo diluído, vacío, frío, muerto. Es como la sacudida de un rayo: después del primer desaliento, os deja lleno de estupor. Cómo es posible que hayáis podido vivir tanto tiempo en un error tan grande? Qué miseria y que vergüenza! Y en este instante cojéis odio á vuestro trabajo y sentís desprecio de vosotros mismos, y con él una necesidad frenética de huír de aquella cárcel de vuestro cerebro, de la habitación de trabajo, de aquel instrumento de tortura, de la mesa de estudio, de ahogarse en los placeres, de embriagaros de vida viva, de buscar la paz en la fatiga del cuerpo y la libertad del espíritu en un viaje lejano, y hasta de vengaros contra vosotros mismos, metiéndoos en medio de la gente ignorante y fatua que no entiende y escarnece el trabajo y las ilusiones, que tanto habéis amado y que tanto os han hecho sufrir.

Y en parte lo cumplís así: volvéis con furia á las costumbres y á las distracciones de los buenos tiempos, os lanzáis entre los amigos, estupefactos de vuestra alegría y de vuestra charla febril, y os entregáis por completo á vuestra familia, que engañada por el cambio, cree jovialidad de escritor satisfecho á la rebelión del obrero desesperado... Pero en vano sentís en vuestro corazón que la rebelión no será duradera, que la idea todavía os acompaña, que un día ú otro tomará posesión de vosotros, y os hará doblar el cuello y el alma bajo su yugo. Y en efecto, un día, de improviso, ella os aga-

rra y repite con el mismo imperio que al principio: —Vuelve conmigo! — Le contestáis: — Ya no tengo fe. — Y ella os replica: — Al trabajo! — Le decís: — Ya no te amo. — Y os responde: — Siempre eres mío! — Y quisiérais resistir á toda costa; pero os cuesta ya un esfuerzo tan enorme la resistencia, que preferís someteros, y cedéis una vez más, con la esperanza de sufrir menos, obedeciendo. Adelante, pues, galeote; vuelve al trabajo forzado, al trabajo sin amor y sin ambición, á la lucha innoble y maldecida, que no te proporcionará otro fruto más que la vergüenza; vuelve á exprimir tu cerebro y á atormentar tu corazón, al menos para poder así apresurar el fin de tu martirio. — Mas... ¡milagro! Apenas reanudáis el trabajo, la obra se embellece de nuevo ante vuestros ojos, renace la fe, resurgen las fuerzas, todas las esperanzas apagadas se inflaman en un esplendoroso incendio de entusiasmo y de gozo.

*

En los últimos días se confunden de tal

modo la satisfacción de la conciencia artística y el contento de haber llegado al fin, que os resulta casi imposible discernir la una de la otra, lo cual suele ser causa de más de un triste desengaño al volver á leer luego las últimas páginas; estas en vez de dictadas por la inspiración como os había parecido al escribirlas, reconocéis que fueron escritas por la furia. Es hermoso vuestro trabajo? Es mediano? Es un aborto? No sabéis nada. No comprendéis ya claramente nada, ni estáis seguro de otra cosa más que de lo siguiente: que dentro de poco romperéis vuestra cadena, que recuperaréis la libertad de alma y de cuerpo, y que reingresaréis en vuestra familia y en el mundo, y que podréis divertiros, dormir, comer y leer é ir y venir como todos los seres humanos, sin ver delante de vosotros ni sentir encima ni en vuestro interior la tirana implacable: la idea.

Cuantos años no seguiréis recordando la luz que iluminaba vuestra habitación en el momento que escribísteis la palabra *fin*, los rumores que llegaban hasta nuestro oído

desde la calle y las voces de la familia que se oían en la habitación inmediata! Y cuantas veces, acordándoos de aquel instante volveréis á sentir el estremecimiento de placer con que dijísteis á vuestros queridos:—Aquí me tenéis otra vez enteramente vuestro: *¡Acabé!*—Os parece como si hubiera caído de vuestra cabeza un cerco de hierro, exhaláis profundos suspiros con un sentimiento de bienestar físico y de frescura de alma deliciosos, y miráis en derredor vuestro, estupefactos y sonrientes, como si las cosas hubiesen cambiado de aspecto, como si el aire se hubiera hecho más puro y la luz del sol más límpida, como si comenzara para vosotros una segunda vida, y si se os abriera delante un inmenso porvenir de reposo despreocupado y sereno.

Y á pesar de todo esto vuestra alegría no es completamente serena. Tenéis conciencia de que mucha parte de lo que os quedaba de juventud ha desaparecido en vuestro trabajo y ha quedado sepultada bajo aquel montón de papel que se levanta delante, que habéis envejecido bastante durante

aquella pasión, y que si por acaso os ponéis otra vez á trabajar en una obra de gran esfuerzo, os cansaréis y sufriréis con más dureza aún, y daréis también un paso más largo hacia la vejez...

—*¡Se acabó!...* Ah, no, no se acabó. La idea se ha separado á un lado; pero no os concede sino una tregua. Os espera, y volverá á enseñorearse de vosotros. Y será la última vencedora. No os dejará libres para siempre, mas que cuando la arroje de vuestra almohada la muerte!